

LA JUVENTUD LITERARIA

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Año IV.

Domingo 26 de Junio de 1892.

Núm. 114.

SUSCRICION: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio-tarjeta y periódico 1 pta. al mes.

Redacción y Administración

APÓSTOLES 11. BAJO.

Colaboradores todos los suscritores. La correspondencia al director. Número suelto 15 céntimos.

La Juventud Literaria.

¡A LOS BAÑOS!

Como si dijéramos ¡a los toros! aunque lo segundo es indispensable al pueblo español; es decir, que preferimos quedarnos sin camisa ó sin comer con tal de asistir al *circo taurino*; ya se está despertando la afición á la fiesta Nacional en muchas capitales, como París, Marsella, Méjico, etc. etc., donde casi nunca se habían dado tales espectáculos.

Pero nos extralimitamos de lo que nos habíamos propuesto decir al encabezar el artículo—seanos permitido llamarlo así—y vamos á empezar nuestro dialoguillo cojido al *vuelo* desde una de las azoteas de mi casa, medianera de la de D. Justo Ballena, que no parece sino que por encargo del apellido lo *estereotipó* su padre; pudiendo parangonarse al monstruoso cetáceo con el tal señor antes mencionado.

Casado y con dos hijas, que más bien que señoritas, parecían dos sargentos de carabineros,—salvo el modo de señalar—y como dice el refrán: «de tal palo tal astilla», esto es, de *Ballenas Cachalotes*.

Las cuales niñas le cortaban en un Verbo, un traje al *Lucero* que por la calle pasara.

Dos señoritas parásitas de esas que recorren las diferentes etapas de la vida sin hacer otra cosa que pasar revista al mundo elegante.

El dialoguillo cojido al *vuelo* y en el cual trataban de baños la familia de Ballena, es el siguiente:

—¿Conque van á pasar una temporada en los baños las de Rioseco?

—No se nada. ¿Has oído tú algo?

—Si, esta mañana muy temprano, me dijo Lola desde su balcón, que iban á veranear á las simpáticas playas del Mediterráneo.

—¿Y no te dijo donde?

—Dijome que no sabia á donde deberían dirigirse, pues eso le tocaba designarlo á su papá, y con esto concluimos de conversar á tiempo que la doméstica le avisaba que habia llegado la peinadora, dejando para otra ocasion, nuestra tesis veraniega.

—Es un misterio esa familia; ningun año podemos saber á que playa se dirigen.

—Y casi siempre que llega esta época en que los calores aprietan, poniéndonos como *cinturones transformados*, nos hablan del estreno de un traje, confeccionado en uno de los mejores talleres de París, de otro confeccionado en Londres, y que sé yo cuantas cosas que nunca he podido conseguir verlas, para admirar de cerca las buenas facultades de la modista que las ha hecho.

—Es muy facil que todo eso sea orgullo nada más.

—Pues eso es moneda corriente. Las apariencias sociales muchas veces engañan y otras se engañan esas mismas apariencias.

En este momento llegó la mamá, que casi pudo oír las últimas palabras,

Venia jadeante y fatigosa, pues habia recorrido la mayor parte de los comercios, de comprar dos palmos de percal color rosa para adornar *ad hoc* los bañadores de sus hijas.

Describiremos su fisico.

Era la esposa del señor Ballena, persona no muy simpática á primera vista, algo entrada en años, lo cual mortificaba su amor propio cuando en tertulia se le ocurría á algun importuno preguntar por la edad.

—¿Que edad tiene usted? preguntó un gomoso una de las noches á que concurrió de visita, y el cual no se quedaba atras de los cincuenta, aunque con pretensiones de *pollo*,

Tengo.... Tengo, tartamudeó algo cortada por la inesperada pregunta, unos 35 años—olvidando quizás que tenia dos hijas y la que menos tenia 25—y respiró con libertad viendo que se le habia ocurrido un pensamiento tan feliz aunque mintiendo.

¡Caramba! Pues si está Vd. en la *primavera* de la vida, y aun pudiera si se quedara viuda cazar otro *pajarito* en su *jáula*;—dijo señalando al lado izquierdo del pecho con ademán ridículo.—

¡Oh! ya lo creo, se le ocurrió decir á la Sra. de Ballena, poniéndose tan hueca que casi se le antojó no caber en el sillón que ocupaba.

Y la verdad, que le hubiera sido facil desvencijarlo á hacer un esfuerzo más, pues la obesidad en ella era monstruosa.

